



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13187

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extraño: Trece meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

VIERNES 27 DE OCTUBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.



LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL
COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL.

41 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA.—SEGUROS contra INCENDIOS.

Sede social en Cartagena: VÍGA DE SORO Y COMPAÑIA Caballos 15

A otra cosa

Ha terminado la visita del presidente de la República francesa, que ha satisfecho á todos, más que á ninguno al mismo visitante, pues ha declarado, en acto solemne celebrado en su honor por el municipio madrileño, que en lo tocante á recepciones, la que le ha hecho Madrid ha superado á todas las que él ha conocido.

Honda satisfacción nos causa tal aprecio. Debía España al jefe del Estado francés la deuda que con Francia contrajo por la recepción entusiasta que hizo Paris á Alfonso XIII y ante el voto de calidad del festejado no hay más que declarar: satisfechos.

Que habríamos de quedar así no lo dudábamos. Tal convicción teníamos de que el recibimiento á Loubet sería grande, entusiasta y espontáneo, que al llegar las primeras noticias diciendo que no había pasado de cortés todo, el mundo mostró su extrañeza. Después, leyendo la prensa periódica y estableciendo las comparaciones debidas entre aquella opinión y la unánime de la prensa, hemos visto cuan en lo cierto estábamos y cuan errado estuvo quien achacó á la cortesía lo que era elusión.

Sin duda, comparando á su vez, echo de menos el grandioso cuadro que forman los balcones convertidos en cascadas de flores y el espacio surcado por centena-

res de palomas; y no teniendo en cuenta el bando de las autoridades prohibiendo arrojar nada desde las alturas al paso de Loubet, juzgo el recibimiento frío al ver que le faltaba lo que por un exceso tal vez de precaución, muy natural y lógico, no se ha consentido. Contra esa opinión individual y equivocada á todas luces esta la del interesado, que dice que supera á todas las por él presenciadas, la recepción del pueblo madrileño.

¿En qué les supera? En lujo no. ¡Cuántas fiestas habrá presenciado el Presidente en sus viajes por las Cortes de Europa mas suntuosas y ricas que las que ha celebrado Madrid! Donde quiera habrá visto mas buques; habrá revistado mas fuerzas militares; habrá abarcado con la mirada mas cañones; pero no habrá escuchado clamores tan grande de cariñosos vivas, cuyo mayor mérito está en que no son interesados. Esos vivas; esas aclamaciones; esa satisfacción que el país ha sentido y expresado al recibir al mas alto dignatario de Francia, no son como otros vivas y otras aclamaciones inspiradas en la conveniencia común: los vivas y las aclamaciones de Cromstandt por ejemplo. En las que Mr. Loubet ha oído en España no palpita el deseo de tener un apoyo ni sellar compromisos, sino el de exteriorizar un sentimiento. Y si lo ha exteriorizado bien o mal el pueblo de Madrid, ya lo ha dicho Loubet.

Congratulémonos de sus palabras.

Y pues hemos cumplido con el huésped, tan á satisfacción suya y nuestra, pasemos á otra cosa. ¿Qué hay de crisis?

En busca de un préstamo Odisea de un propietario

Leo, corto reproduzco y comento, la siguiente Miscelánea que hallo contenida en una hujita de Almanaque.

—Padre, me acuso de dedicarme á prestar dinero con usura.

—Si el interés excede del 6%, comete usted un pecado muy grave; no olvide que Dios Nuestro Señor, todo lo vé desde el cielo.

—Por eso precisamente, Padre, presto al 9%, porque el 9, visto por Dios desde arriba, le parecerá un 6%.

Allá por la época de Mari Costaña y del Rey que rabó de puro feo, aplicábase el sobreombre de *perro judío*, á cuantos poseían dinero en grandes cantidades y se dedicaban á darla á préstamo sobre prendas valiosísimas, cobrando por ello intereses exorbitantes.

Estos repugnantes usureros, eran entonces como en la actualidad, los verdaderos dueños de la situación, especialmente en las localidades de escasa importancia, aunque de muchos habitantes.

Entonces, como ahora, inspiraban el odio y el desprecio de las gentes, que los insultaban públicamente porque observaban la antigua Ley de Moisés y espetaban como aún la esperan, la venida del Mesías; pero es el caso, que en la actualidad hay muchos que sin ser judíos, esperan al Mesías que les ha de proporcionar el *mandé* para satisfacer sus insaciables y criminosos apetitos.

«¡Caiga su sangre toda sobre nosotros y sobre nuestros hijos!», y la maldición se cumplió; por eso yo le tengo mas miedo á una *maldición gitana*, que á las que puede fulminar ó simplemente lanzar un Júpiter *terrestre*, en forma de carretero.

La maldición alcanzó por igual á los *perros judíos* auténticos y á los disfrazados,

con el nombre que ellos creen menos despreciable, esto es, el de prestamistas ó de usureros.

Y seguirá la maldición desde la ruina de Jerusalem por Tito, hasta el fin del mundo; por lo que no hay ni un solo usurero cuyo aspecto duro y repulsivo, deje de revelar la aflicción y el remordimiento que atormentan á su conciencia.

Por el canon XIV, se prohibió que los judíos desempeñaran cargos públicos, pero ignoramos que haya habido alguien con la energía necesaria para hacer cumplir esa Ley.

Hoy tenemos usureros en todas partes. Los hay en sociedades, llamadas de ahorros, en casinos, en comercios, y por iuvá dirlo todo, han llegado á penetrar hasta en el sagrado recinto de las iglesias.

Un escandalado propietario á quien en la presente narración vamos á conocer con el nombre de D. Fulfifero Aguaturbias, hallábase en grave compromiso y después de mucho gestionar sin éxito, decidióse al fin á recurrir á uno de estos usureros á quien consideraba como amigo íntimo.

Don Fulfifero vióse en presencia del *judío*, que con las manos enlazadas en forma de cruces, permanecía perezosamente reclinado en una butaca.

—¿Se puede pasar?

—Adelante!—repuso con voz estentórea D. Nicasio, que al mismo tiempo se levantaba de su asiento, para ofrecerle al visitante.

Después de los saludos y cumplidos á que cortesía obliga, dijo D. Fulfifero:

—Necesito que me proporcione usted cien duros para disolverlos dentro de quince días; le dejaré como garantía este trocillo de brillantes, valorado en 1.600 pesetas.

Don Nicasio, tomó la prenda, la miró con detenimiento varias veces y después de meditar un poco dijo con tono frío é indiferente:

Sobre esta joya, no se pueden dar más de diez duros, descontando de esta cantidad el 25 por 100 de interés por un mes, pues las fracciones de mes se cobran como si fuera mes entero.

Don Fulfifero, hizo mutis y el prestamista le despidió con ironía.

De allí pasó nuestro hombre á casa de otro usurero, pero se encontró con que este se dedicaba al desmentó de sueldos.

El prestamista sobre sueldos, es un ju-

dío diligente que no necesita de cálculos aritméticos en sus operaciones.

A la pregunta de D. Fulfifero sobre el préstamo que necesitaba, repuso con desparpajo:

—Doy por el sueldo de treinta duros, diez y nueve al contado, advirtiéndole que no me guíe el deseo del tuero, sino simplemente el salvarle de una situación angustiosa.

—¿Pero señor!

—No prosiga usted; comprenderá que yo nada tengo que ver con las desgracias ajenas; bastante desgracia tengo yo con esperar á que paguen los habilitados.

Contrariado D. Fulfifero por este nuevo contratiempo, decidióse á visitar á otro prestamista.

—Necesito cien duros para hoy precisamente—dijo al hallarse en presencia del nuevo judío.

—Sabrá usted que yo presto mi dinero al 12 por 100 sobre fincas rústicas ó urbanas?

—Sí señor; yo le doy á usted en hipoteca un huerto que tengo próximo á la senda denominada «Cascante», justipreciado en 5000 pesetas.

—¿De quién lo hubo usted?

—De mi padre.

—¿Y su padre de usted, de quién lo hubo?

—De mi abuelo.

—Y su abuelo de usted?

—De mi bisabuelo.

—Y su bisabuelo de usted?

—Por merced que le hizo el Ayuntamiento de Cartagena en... no recuerdo qué fecha.

—No me es posible aceptar entonces. No acepto nada en que haya intervenido ningún Ayuntamiento, pues todos se hallan entrapados con la Diputación.

—Pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso?

—Lo siento en el alma, pero si no me puede usted ofrecer otra garantía más sólida, no me será posible complacerle.

Desde entonces, D. Fulfifero, pensando en los judíos y prestamistas de todas clases, se dice frecuentemente:

¿Y se llaman protectores de la humanidad?

¿Qué sarcasmo!

Antonio Almodóvar.

EUGENIA GRANDÉT 170

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 169

Advirtiéndole entonces, por primera vez, la desnudez fría de la casa paterna, experimentó la pobre joven una especie de desprecio por no poder ponerla en relación con la elegancia de su primo.

mente delgado. V. no le ha visto con su cascote de seda y oro.

Yo sí le he visto.

Lleva ropa blanca, tan fina como la sobrepelliz del señor cura.

—Bueno, querida Nanón, entonces haznos una torta.

—¿Y quién me va á dar leña para el horno, harina y manteca?—preguntó Nanón que, en su calidad de primer ministro de Grandet, tomaba á veces proporciones colosales á los ojos de Eugenia y de la señora Grandet.

Es necesario que robemos al amo para obsequiar al señorito; pídale V. manteca, harina, leña; es su padre de V. y puede dárselo.

Precisamente, cátele V. ahí, que baja para arreglar las provisiones.

Eugenia escapó al jardín, espantada cuando oyó rechinar la escalera bajo los pasos de su padre.

Experimentaba ya los efectos de ese hondo pudor y de esa conciencia peculiar de nuestra diosa, que nos hace creer, no sin razón acaso, que llevamos nuestro pensamiento grabado en la frente y á la vista de todos.

El corpiño, bien abultado y cuidadosamente embierto, atraía las miradas y hacía soñar; faltaba allí, sin duda, un poco de gracia de cosa que se debe al traje; pero para los inteligentes, la inflexibilidad de aquel talle erguido debía ser un encanto.

XXXI